

BADAJÓZ EN 1808

LOS SUCESOS DEL 30 DE MAYO

El alzamiento en Extremadura contra las tropas de Napoleón tuvo como prólogo un episodio sangriento: el bárbaro suplicio a que injustamente fué condenado el excelentísimo Sr. D. Toribio Gragera de Vargas, conde de la Torre del Fresno y comandante general de las armas de la provincia. En ésta, desde que llegaron las noticias con los luctuosos sucesos ocurridos en Madrid el 2 de mayo de 1808, hubo inquietudes y recelos que en algunos sitios produjeron conflictos tumultuosos. En Badajoz, el día 23 de dicho mes y año los alborotos populares fueron frecuentes, y se calmaron gracias a la intervención del Obispo y de otras personas prudentes y sensatas que gozaban de mucho predicamento en la ciudad.

La exaltación patriótica hizo ver traiciones en lo que eran medidas encaminadas a una acción común, que si siempre son convenientes, en aquella ocasión eran necesarias, porque las precipitadas disposiciones de las autoridades podían acarrear, sin pretenderlo, perjuicios de un valor incalculable. Había que tener presente que las noticias recibidas no eran auténticas, aunque suficientes para prevenirse, por si fuera

cierto que los franceses hubieran correspondido con perfidias a la amistad y buena fe de los españoles.

Nadie pudo tachar de afrancesado al conde de la Torre del Fresno. Le pone a salvo de toda sospecha su circular del 5 mayo, dictada a las veinticuatro horas de conocer los gravísimos sucesos de la corte. En ella excita a Extremadura entera para que, con la *brevidad del rayo*, se organizara militarmente, tomando por base unas sencillas instrucciones, en la seguridad que el enemigo había de convencerse muy pronto *de que los españoles no conocen peligros cuando es preciso salvar y vengar al Rey, la religión y la patria*. El Conde se honra con ser comandante general de una provincia fiel y valiente que, en caso preciso, acreditaría más que nunca que sabe preferir todos los contratiempos y todos los trabajos a una opresión injusta. Así se expresaba D. Toribio Gragera de Vargas en su famosa circular, que no sólo debió haberle preservado de su desgracia, sino que pudo haberle adquirido el título de primer patriota de la nación.

Pero el pueblo no se satisfacía con nada. La Historia disculpa esta actitud diciendo que la imaginación popular, exaltada por el amor a la independencia, veía en todas partes fantasmáticas con sombras de traición, y en inminente peligro de parecerlo estaban las personas que ejercían altos cargos, porque inevitablemente habían de tener comunicación con los franceses, que detentaban el ejercicio de la autoridad superior. Esto, equivocadamente, se tomaba como prueba de conformidad con las órdenes de los satélites de Napoleón. Y sin investigar las causas de estas comunicaciones, ni el efecto que producían en las autoridades españolas, el pueblo soberano condenaba a muerte a los supuestos traidores. Por eso murió Torrefresno, como murieron el conde del Aguila, en Sevilla, y el marqués del Socorro, en Cádiz. La fatalidad los eligió para que ocupasen elevados puestos en aquellas terribles circunstancias.

Pero en el caso del conde de la Torre del Fresno puede sospecharse que el infortunio de este señor fuera debido a venganzas o resentimientos particulares; que a sus flaquezas juveniles alude suavemente el provisor de la Diócesis, señor Blázquez Prieto, en la declaración que hace en el expediente incoado a instancias de la Condesa para reivindicar la memoria de su marido. Un dato existe en la declaración referida que invita a pensar en la malquerencia de alguien, que aprovechó el desasosiego de la plebe para lanzarla contra la persona del ilustre general.

Dícese que mediada la mañana del 30 de mayo llegó a Badajoz un correo francés con pliegos para el comandante de la plaza, y que éste fué el motivo que trocó las inquietudes y recelos de la gente en un desbordamiento arrollador de pasiones violentas, porque a ésta se le antojó vislumbrar en un hecho natural y sencillo el fantasma de la traición. El señor Blázquez Prieto contempló en la plaza de Fernando VII, hoy de la República, a los mensajeros, y, en realidad, su estafalaria presentación no dejaba de causar extrañeza. «En un caballo iba montado un mozo como postillón, y detrás, en otro caballo, que parecía ser el del posta o correo, iba montado un hombre con una larga capa de paño pardo como un labrador, y llevaba derecho al lado izquierdo un fusil con bayoneta calada.» Añade el señor provisor, que habiendo pertenecido desde un principio a la Junta de Gobierno de esta provincia, nunca logró saber que fuese cierta, y no figurada, la llegada de tal correo, como tampoco supo que hubiese pliegos o escritos contrarios al buen nombre o reputación del Sr. Gragera de Vargas.

También se ha dicho que originó el motín la circunstancia de no sonar, como era de rigor, los cañones de la batería de San Vicente para solemnizar el santo del Rey; pero esta acusación no tiene fundamento sólido, pues la primera salva de artillería, si hemos de creer las manifestaciones del coro-

nel D. Diego del Toro, se hacía una hora antes de ponerse el sol, y el conde fué asesinado poco después del mediodía. Conviene advertir que Torrefresno, faltando a la costumbre y sólo por complacer al pueblo, mandó que se hiciesen los disparos de ordenanza antes de la hora debida. Pero fué tarde. Sucedió que una mujer llamada María Cambero «la Mariconna» disparó los cañones cuando lo creyó oportuno, y las detonaciones probablemente fueron la señal para que el populacho, rotos los frenos, cometiera todo género de atrocidades.

Pero, en fin, cualquiera que sea el origen del tumulto, es lo cierto que hallándose el Conde en una Junta de autoridades, con objeto de estudiar los medios que debían seguirse para la defensa de Extremadura, se notó en la calle la agitación precursora de los gravísimos sucesos que se avecinaban, y la Junta se disolvió sin tomar acuerdos, disponiéndose algunos de sus individuos a parlamentar con los cabecillas de la revolución, para contener el empuje avasallador del pueblo. Y estuvieron a punto de lograrlo el Sr. Blázquez Prieto y el regidor Sr. Saavedra, primeramente, junto al convento de las Trinitarias, donde se formaron los más compactos grupos, y luego, en la calle de San Blas; pero la presencia de unos hombres provistos de armas diversas y vestidos *a la manera de los soldados en sus cuarteles*, que tocaban tambores y enarbolaban dos banderas, una del regimiento y otra que habían cogido en la iglesia de San Agustín, agitó de nuevo la llama de la rebeldía, y dando estentóreos vivas a España y mueras a los traidores se dirigieron todos, en medio de un imponente escándalo, a la plaza de las Descalzas, donde residía el infortunado general.

No valen razones con una muchedumbre enloquecida. Fueron inútiles consejos y súplicas. Gente grosera, incivil, borracha o loca invadió el zaguán de la casa. Desde la puerta del convento, situado enfrente, se observaban las extrañas y grotescas maniobras de aquellos sujetos, que hubieran pro-

ducido risas si no fueran el prelude de trágicas escenas. Junto a la puerta de entrada, unos soldados con chupas azules brincaban y saltaban lanzando a lo alto, con la punta de sus sables, una faja encarnada. De pronto apuntaron las armas hacia la puerta, y por ella entraron con aplauso de la multitud. El Conde, creyendo que con sus palabras tranquilizaría a los alborotadores, se unió a los mismos, que le llevaron a empujones, entre un griterío infernal, al cuartelillo de Puerta de Palmas.

El tumulto crecía. Mujercillas, borrachos, militares y paisanos alborotaban con ruidos de tambores y clarines y agitaban al aire banderas de pañuelos. Ni el marqués de Monsalud ni los tenientes coroneles D. Domingo Losada y D. Laureano de las Fuentes lograron apaciguar a los amotinados. El comandante Garrigó, agregado a los húsares de Bailén, trató de amparar al Conde imponiéndose por la fuerza, y hubiera escapado mal si no le defendieran unos cuantos soldados de su regimiento, que en poco estuvo que un zapador le diera un machetazo. Todo fué infructuoso, a pesar de que el propio Conde, subido en una mesa y sin ninguna divisa de autoridad, decía a los revolucionarios: «—Hijos, yo no quiero tener mando alguno; yo soy vuestro compañero y paisano, y como un leal, verdadero y constante español, haré lo que sea debido en defensa de mi rey D. Fernando VII y de mi patria.»

Afirma el teniente coronel D. Manuel Huertas—que se encontraba en aquellos horribles momentos al lado de la víctima—que no había dicho este señor la última palabra cuando un soldado, derribándole de la mesa, le asestó, por la espalda, el primer golpe con un palo de los que se emplean en los caballos de frisa, y una de sus puntas metálicas, atravesando su cuerpo, casi le salió por el vientre.

Los revolucionarios, en su mayoría, horrorizados por la salvajada, huyeron en varias direcciones; pero otros, más perversos e inhumanos, arrastraron el cadáver del Conde hasta el

zaguán de su casa. Después del crimen hubo un abatimiento general de los espíritus. La población quedó abandonada, a merced de cualquier osado, y las personas de relieve social por su prestigio o representación no se atrevieron ni a iniciar siquiera alguna gestión que sosegara al vecindario, temerosas de caer en el enojo de la plebe y ser acusadas del delito de traición. Nadie estaba libre de este género de asechanzas, y cualquiera se exponía a ser desleal a la patria sin quererlo ni saberlo el mismo interesado.

Las autoridades, después de los momentos de estupor, al empezar la noche de aquel fatídico día constituyeron la Junta Suprema, que asumió el mando de la provincia. El Sr. Obispo, el provisor y otras personas piadosas dieron cristiana sepultura, sin pompa funeral, a los restos del Conde en la iglesia del convento de las Descalzas, donde todavía reposan, junto al altar mayor, al lado del Evangelio. Así murió y fué enterrado el Excmo. Sr. D. Toribio Gragera de Vargas, víctima del populacho desenfrenado y ciego, a pretexto de infundadas desconfianzas, si es que no hubo, como insinúa el Obispo, agentes ocultos que diesen impulso a la conmoción por venganzas y resentimientos particulares.

Es muy difícil determinar la participación que en el expeluznante crimen tuvieron la soldadesca y el paisanaje. El señor Gómez Villafranca en su laureada obra «Extremadura en la guerra de la Independencia» no quiso ajustar la cuenta; entendía que la muerte no fué premeditada ni por una ni por otro; ambos contribuyeron a la misma por el frenesí que de las turbas se apoderó. Y es posible que sea verdad lo que dice el escrupuloso historiador. Pero nos place recoger unas noticias que nos ofrece el maestrescuela de la Catedral, D. Juan Caldera, que no presenció el suceso, pero que siempre oyó decir a testigos de vista que los agresores fueron unos soldados que se hallaban en la plaza, y *que al parecer debieron ser seducidos para cometer tan terrible atentado.* El paisanaje,

según este sacerdote, aun cuando estaba mezclado con ellos, nada hizo que amenazase a la persona del Conde, *cuya particularidad fué pública en todo Badajoz.*

Tampoco deja de ser extraña la actitud de la oficialidad. Hallábanse reunidos en el cuartel de la Bomba numerosos oficiales del regimiento de caballería de Bailén, por disposición de sus superiores, cuando oyeron ruido como de tumulto, y saliendo todos a la puerta, encontraron un gentío inmenso que, dando vivas al Rey y muera a los traidores, les pedía la salida de la tropa. Respondieron que nada podían hacer sin permiso de sus jefes, pero el pueblo desoyó las razones, atropelló la guardia, penetró en el cuartel, y a presencia de la atónita oficialidad logró llevarse a todos los soldados pie a tierra. Nada intentaron, que se sepa, para impedir el atropello y restablecer la disciplina. Admirados de la osadía popular, contemplaron entristecidos cómo sus subordinados, en íntima mezcolanza con la plebe, se dirigían al domicilio del Conde para matarlo por traidor a su Rey y a su patria.

Mientras tanto los jefes asistían a una Junta de autoridades en casa de Torrefresno, de la que no salió nada práctico, porque en ella se divagaba en amplias conversaciones, sin concretar ninguna proposición de interés. Era lamentable que no se entendieran unos y otros, cuando sonaban los estampidos de los cañones y el alboroto popular crecía en forma alarmante. Nadie supo que se hubiese hecho, publicado y ejecutado acuerdo alguno. Quizás los trágicos acontecimientos sorprendieron a los reunidos cuando oían extasiados las maravillas de un largo discurso. No olvidemos que a conjuras tramadas por cuestiones políticas se atribuyó también la muerte del Conde, pero de este asunto sólo tengo la brevísima referencia que he leído en la citada obra del Sr. Gómez Villafraña.

La memoria del conde de la Torre del Fresno quedó rehabilitada oficialmente en la R. O. de 4 de agosto de 1817; lo

estaba ya en la conciencia de las personas honradas. El Rey, conformándose con el parecer del Supremo Consejo de Guerra, considera al Conde libre e indemne de todo cargo, y declara que la conducta que observó en el año 1808 fué justa, arreglada y propia de un militar pundonoroso, y que su desgraciada muerte fué tan injusta como gloriosa. Por eso Fernando VII se dignó admitir bajo su soberana protección a la viuda y familia del benemérito general.

El conde de la Torre del Fresno mereció este público homenaje por su amor a España; amor que se manifiesta en 1793 ofreciendo sus bienes y rentas para la causa nacional y pidiendo un puesto de peligro en la guerra que sostuvimos con Francia en el tiempo de su grande y trascendental revolución, y que rezuma, en 1808, en su famosa proclama del 5 de mayo, que por ser la primera que se dió contra los invasores no pudo ser imitada de otras. Se publicó precisamente cuando Murat, el gran duque de Berg, disponía de todos los resortes del Gobierno, y cuando las tropas de Kellermant, situadas en Elvas, amenazaban seriamente a Badajoz. Con justicia la posteridad le señala entre los primeros que levantaron el grito por la independencia de la nación.

JESÚS RINCÓN.